



Baúl

Los últimos días del presidente Madero

Pedro Siller*

Hace cien años apareció en La Habana, Cuba, uno de los libros más importantes para la historia de México: *Los últimos días del presidente Madero (Mi gestión diplomática en México)*.¹ Su autor fue Don Carlos Manuel Márquez Sterling y Loret de Mola. Su nombre evoca hasta hoy, a uno de los símbolos permanentes de la amistad México-cubana, así como el mejor libro escrito sobre la Decena Trágica y la memoria de Francisco Ignacio Madero

Él estaba de regreso en México a los 38 años como diplomático, apenas una semana antes de que sucediera la Decena Trágica con el final del golpe de Estado de Victoriano Huerta y el asesinato de Madero. Pero México no le era extraño. Fue para él una sociedad en la que había vivido momentos muy intensos en su vida, de la que recordaremos un poco:

Su padre fue un diplomático cubano por lo que él nació el 28 de agosto de 1872 en Lima, Perú, y afectado por el asma, pasó parte de su adolescencia en Yucatán donde colaboró en

la *Revista de Mérida* y regresó a Cuba a estudiar periodismo; a los 22 años conoció a José Martí, un año antes de la muerte del prócer cubano y este recuerdo lo impresionó para siempre, incluso fue vocero en México del Partido Revolucionario Cubano. Después, a los 26 años vivió el dolor de la invasión norteamericana a Cuba en 1898, algo que durante la Decena Trágica tendría muy presente ante la insolencia del embajador Lane Wilson y las amenazas veladas del entonces presidente norteamericano William H. Taft.

En México, como periodista, en una ocasión entrevistó a Porfirio Díaz (1904) de quien hizo un retrato muy crítico que apareció en su libro *Psicología profana* (1905). Al final comenta sobre el destino histórico de su personaje:

Ídolo unas veces, héroe como Aquiles, otras: Dictador y demócrata a un tiempo; Salvador de tu raza,



Manuel Márquez Sterling

de tu pueblo, de tu patria, a no dudarlo... ¿cuál es tu signo en la Historia?²

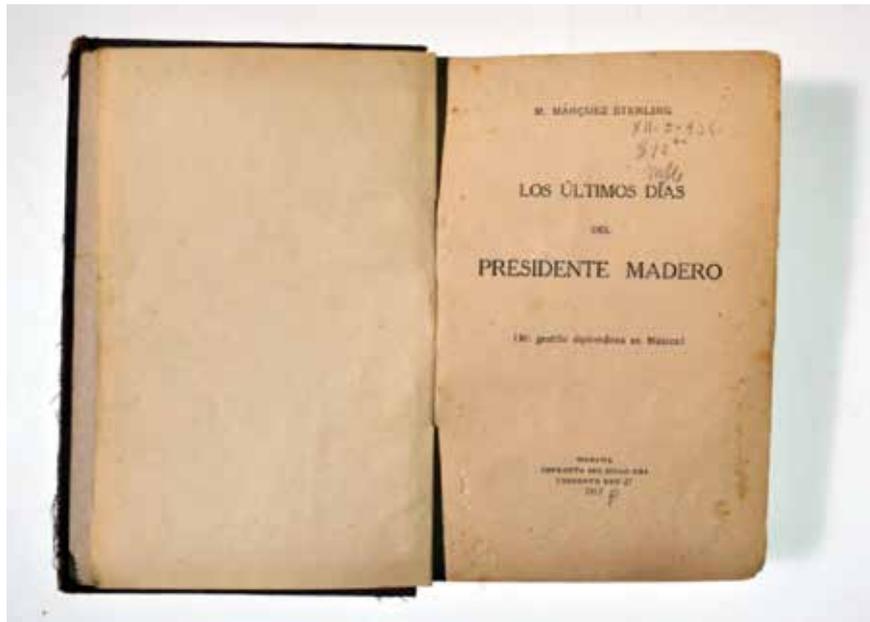
En 1906 era parte del gobierno cubano cuando frente a una rebelión militar, los norteamericanos reaccionaron invadiendo de nuevo la Isla para poner orden, enviaron a Taft como mediador y éste se convirtió en gobernador de la Isla por unos meses, allí Márquez Sterling conoció al futuro presidente norteamericano y sabía de su mentalidad intervencionista.

Cuando presentó sus cartas diplomáticas ante Madero, seis semanas antes de la Decena Trágica, debió serle admirable, pequeño de estatura como Martí, ambos románticos y mártires al final. La identificación entre uno y otro es inevitable. En palabras de su compatriota, Rafael Rojas:

Según Márquez Sterling, Madero pertenecía a la estirpe de los mártires y los profetas. Su personalidad era tan intensamente espiritual que repugnaba a los "científicos" del Porfiriato tardío y los ideólogos de la naciente Revolución.

Cuando la narración de Márquez Sterling llega a la Decena Trágica, Madero deja de ser Madero o "el Presidente" y se convierte en "el Apóstol". En la cultura cubana, ese era precisamente el título que se reservaba a José Martí, cuya muerte en combate, en 1895, era representada desde principios del siglo xx como la inmolación por una república imposible.³

El intento de Márquez Sterling por salvarlo es admirable, hizo todo lo posible, incluso el de pedir un barco de la armada cubana para expatriar al Presidente mexicano; lo hizo como si se tratara del propio Martí. Lamentó después su fracaso como quien se duele por no salvar a su héroe por segunda vez, es por ello que su lectura irradia un apego de discípulo en su mejor sentido. Falleció en 1934



A cien años de distancia su texto no pierde la fresca testimonial, no deja de ser admirable la lucidez de su prosa, su validez como una fuente indispensable en la historia de México. Al final de su libro se puede leer este fragmento:

Incrustada en mi retina la visión de la tragedia, contemplo el sendero de abrojos donde el Apóstol soñó su destino. Ecos lejanos hablábanle el idioma sonoro de la eternidad; en derredor suyo, se agitaban seres invisibles, trasmisores misteriosos de verdades; y sombras pálidas, al instante desvanecidas, levantaban su ánimo y mantenían sólida su fe providencial. Bajo la ley de su filosofía, el místico excluía al gobernante. Su ambición era la felicidad humana por el perfeccionamiento del espíritu. Y decretó, sin sospecharlo, su propio martirio. No espiga, por eso, en mi conciencia el pesimismo; y la tierra que vi ensangrentada y miserable, se adorna, ante mis ojos, de verdor; y sobre las arenas desnudas precipitanse los bosques; y se extienden, camino arriba, los vergeles; y talarán el vientre de la selva los manantiales cristali-

nos. Dulce armonía de la naturaleza que precede a la dulce armonía entre los hombres. La Justicia tendrá su hora, tendrá su Imperio, tan grande como el planeta; y la Justicia es la dulce armonía de los pueblos, el progreso y la dicha de las naciones. Fecunda, entonces, habrá sido la muerte en el suplicio; su estela de dolor, la luz inextinguible; y su augusta memoria, la libertad.

*Docente-investigador de la UACJ.

¹ IMPRENTA del SIGLO XX, La Habana, 1917.

² Manuel Márquez Sterling, *Psicología profana. Roosevelt, Porfirio Díaz, Máximo Gómez, etc.* El Avisador Comercial, La Habana, 1905, p. 108.

³ Rafael Rojas. "1913: la cifra del martirio" en *La gaceta del Fondo de Cultura Económica* (febrero, 2013), n. 506, pp. 14-16 y del mismo autor "La historia apostólica" en *Letras Libres* (diciembre, 2010).